

EL TRANSFORMISMO Y EL ORDEN DE LA GRACION.

Job decía á sus amigos: "Interrogad á los animales de los campos, y os enseñarán; á los pájaros del cielo, y os instruirán. Hablad á la tierra, y os responderá, y los peces del mar os dirán: ¿Quién ignora que todas estas cosas han sido hechas por la mano del Señor?"

Nadie lo ignora: el universo todo proclama su origen divino.

Hay, sin embargo, quienes, titulándose filósofos, propagadores de la luz y de la ciencia, quieren que sea de otro modo.

Ocupados de lo que llaman datos positivos de la experiencia, afectan relegar las causas á un mundo oscuro é inaccesible, esperando que pronto quedarán en el olvido.

Su esperanza es vana.

La ciencia moderna, impregnada de positivismo, es impotente para satisfacer la avidéz de la inteligencia humana.

Un instinto irresistible la lleva siempre á buscar el principio de los seres.

Ya en los precedentes artículos hemos demostrado que ese principio es Dios, y que lo es por creación.

Hemos combatido los absurdos sistemas que ponen en otras causas el origen del universo: el dualismo, el panteísmo y el atomismo.

No debemos pasar adelante, sin decir algo sobre un sistema de que se ha apoderado el materialismo para acumular dudas alrededor del dogma de la creación: se trata del transformismo.

La pretensión de este sistema, consiste en explicar, cómo por la acción de leyes naturales, los seres que nos rodean, provienen de uno, ó cuando más de algunos seres originales: seres ínfimos que no eran ni animales, ni vegetales, sino simplemente dotados de vida.

Para esto imagina dos grandes leyes, que són la selección natural y la concurrencia vital, ó la lucha por la vida.

Supone que espontáneamente se han producido en los primeros seres, ciertas modificaciones, y que de estas, la naturaleza ha escogido las más ventajosas, únicas que se transmiten á la descendencia: esta es la selección natural.

La concurrencia vital favorecería este progre-

so y lo aceleraría, dando el triunfo á los individuos que estuviesen en mejores dotes. En esta lucha desigual, los débiles sucumbirían indefectiblemente, y triunfarían los fuertes en beneficio de la especie, que iría perfeccionándose sin cesar hasta transformarse en una especie nueva.

Bajo el influjo de estas dos leyes, y tomando en cuenta las emigraciones y la influencia de los medios, se realizan cambios de tal manera profundos, que un ser viviente puede quedar enteramente desconocido, si se le compara con su punto de partida.

Estas transformaciones, aunque parezcan extrañas, no serían imposibles.

“Como Dios ha concentrado la vida del individuo, dice el Padre Monsabré, en un embrión que no llega á su perfecto desenvolvimiento, sino por una serie de variaciones que de día en día lo modifican profundamente, así pudo concentrar la vida universal en un protoorganismo, cuyas evoluciones lo hubiesen conducido á la espléndida difusión de la vida que admiramos hoy.”

No es indigno de la perfección del Creador, el sistema de las transformaciones continuas: por

otra parte, lisonjea nuestra inclinación natural á la unidad.

Quisiéramos ver salir, de un solo principio físico, todos los seres, que Dios ve en una sola idea.

Sin embargo, no responde ese sistema, por deslumbrante que parezca, á los principios de la ciencia.

Su ley de concurrencia vital está desmentida: si ella fuera una verdad, las especies débiles habrían cedido ya su lugar á las más fuertes.

Y sin embargo, son las más numerosas y las que más rápidamente se multiplican.

La paleontología nos muestra que las especies débiles é inofensivas se mantienen más largo tiempo, que las dotadas de poderosos medios de defensa.

La ciencia enseña, que humildes animales, atravesando los tiempos terciarios y cuaternarios, han llegado hasta nosotros, mientras que animales gigantescos ó mejor armados, como el mastodonte, no han tenido, á lo que parece, más que una vida efímera.

La selección natural, que es la otra ley del transformismo, supone una inteligencia que los trae-

formistas niegan, porque no ven en la naturaleza más que una fuerza ciega.

Y aun suponiendo que esas leyes fuesen indiscutibles, hay una noción de tal manera arraigada en la inteligencia humana, que la divergencia de las definiciones no ha podido destruir: la noción de las especies distintas é incommutables.

La observación pone de manifiesto que las especies varían, pero que nunca cambian

Las especies contemporáneas son las mismas que las de los tiempos más remotos de la historia humana: los siglos, la acción de las leyes modificadoras invocadas por el transformismo, no han causado en ellas el menor cambio.

Por otra parte, la Paleontología enseña que una multitud de familias características han aparecido en la escala animal, sin ser anunciadas por precursores.

Cotejean, el célebre geólogo, nos hace conocer que desde las épocas más antiguas, los tipos genéricos y específicos son tan caracterizados y tan distintos como los de nuestros días.

Así es que, mientras que la ciencia actual no muestre que las especies cambian, no puede va-

nagloriarse de haber probado científicamente la autogénesis del mundo.

Puede todavía suponerse que todos los vivientes hayan salido de muchos gérmenes ó de un solo germen.

Puede imaginarse un protoorganismo perfecto, en el cual, esté condensada la vida de toda la naturaleza, y cuya evolución natural produzca sucesivamente todas las especies.

Puede imaginarse una celdilla elemental que se perfeccione con el concurso de las fuerzas cósmicas, y se haga la madre fecunda de todos los vivientes.

¿Quién ha hecho ese protoorganismo? ¿Quién ha hecho esa celdilla?

¿Quién conduce y dirige sus progresos?

¿Puede atribuirse á un movimiento ciego y á circunstancias puramente fortuitas, el maravilloso desenvolvimiento de la vida en el mundo?

Darwin, el padre del transformismo, se ve obligado á hacer de la selección natural, un poder inteligente que escudriña, mide y ordena.

Y uno de sus discípulos confiesa que si la ciencia de los fenómenos naturales puede explicarse por la transmutación, deja tan poderoso como

siempre el argumento en favor de un plan, y por consiguiente, de un artífice.

Sigamos en la vía de las concesiones: demos que la materia inorgánica puede pasar, por vía de generación, de la existencia molecular á la vida.

¿Qué resulta en este caso?

¿Que el mundo se ha hecho sin la intervención de una causa exterior, como quiere Renan?

¿Que el mundo se explica por causas que están en él, como lo supone Littré?

Pero entonces queda una pregunta que hacer: la materia, madre de los vivientes, ¿de dónde viene?

A esa cuestión, la ciencia atea no puede dar más que una respuesta: la materia existe por sí misma.

¿Y cómo existiría por sí misma la materia, si es compuesta, divisible, sujeta á cambios continuos y que no se manifiesta, sino por fenómenos contingentes?

¿Y cómo existiría, sin saberlo ni quererlo, una vez que en el sistema de estos filósofos no se hace vida y pensamiento, sino después de largas evoluciones?

He aquí el abismo de absurdos á que conducen

los sistemas que, como el transformismo, se apartan de la luz divina.

Aceptemos, pues, las enseñanzas de la metafísica, y renunciando á perseguir fuera del plan divino una unidad quimérica, adoremos el acto trascendente del Creador por todas partes donde él se manifiesta: en el hombre, á quien sus perfecciones intelectuales aislan de todos los reinos; en el animal, al que por la espontaneidad del movimiento, dirigido por el instinto, aisla de la planta; en la planta, á la que su organismo aisla de la materia inorgánica; en la materia inorgánica, que aunque contingente, imperfecta, estéril en sí misma, se eleva por el solo hecho de su existencia, á una distancia infinita de los abismos de la nada.

Atengámonos, concluye el Padre Monsabré, á esta revelación graduada de la acción del Dios en el mundo, más que buscar aventurados sistemas.

Preciso es decir, que, aunque el transformismo llegara á hacerse científico y á convertir sus hipótesis en certidumbre, siempre podemos mantener esta palabra: El mundo viene de Dios; la ciencia nunca encontrará en él un carácter que pueda hacernos dudar de su origen divino.

Tampoco puede encontrar, entre los hechos que ella observa y la palabra de Dios, una sola contradicción real é irreformable.

La ciencia enseña que todo en el origen era confusión y tinieblas sobre la tierra; la Escritura Santa enseña que la tierra, en el principio, estaba desierta y vacía y que las tinieblas se movían sobre la superficie del abismo; la ciencia ha hecho constar que la luz es un fluido independiente de los cuerpos luminosos; la Escritura señala la aparición de la luz antes de la aparición de los astros; la ciencia nos representa el globo primitivo sumergido en las aguas, en el estado líquido y vaporoso; la Escritura nos habla de las aguas superiores é inferiores: la ciencia nos dice que las tierras firmes han aparecido en cierta época; la Escritura nos muestra al Señor reuniendo las aguas en un solo lugar y descubriendo el elemento árido: la ciencia nos enseña que la vida ha sido precedida por un período de muerte; la Escritura pone en el tercer día la aparición de la vida: la ciencia observa un orden progresivo en las producciones vivientes, desde los vegetales más imperfectos hasta los animales más llenos de perfecciones; la Escritura describe este orden á gran-

des rasgos: la ciencia afirma, sobre datos experimentales, que la vida toda no ha sido producida de un solo golpe; la Escritura nos enseña que Dios ha empleado tres épocas en la producción de la vida: en fin, la ciencia dice que el hombre ha venido en los últimos tiempos á tomar posesión de su real dominio; la Escritura nos refiere en último término la creación del hombre que corona la obra de Dios, sin que se pueda afirmar, sin embargo, que Dios se ha impuesto la ley de no crear después de él seres menos perfectos.

Como se ve, entre estas grandes líneas de la ciencia y de la revelación, hay acuerdo perfecto.

Entre estas líneas se deslizan, sin embargo, dificultades más ó menos serias; pero estas contradicciones no pueden constituir una contradicción real é irreformable, si se toman en consideración, por una parte, las incertidumbres de la ciencia y, por la otra, la naturaleza del relato mosaico, esencialmente popular, poético y dogmático.

La conformidad de la ciencia con la revelación, en aquellas líneas generales, pone de manifiesto que la creación no fué una obra simultánea, sino sucesiva, y que la ciencia ha venido á presentar

la demostración de la verdad escrita en los libros santos.

Es un hecho conquistado por la ciencia, que la extrema vejez del globo está escrita, con caracteres irrecusables, sobre las arrugas gigantes que, hace miles de años, están cubriendo su epidermis.

No conocemos el número exacto de años comprendidos en el conjunto de los períodos paleontológicos; pero es evidente que, para explicar cada uno de esos períodos, se necesitan siglos, y, en presencia de estos siglos, seis días de veinticuatro horas, que son los que el relato bíblico da á la actividad divina para moverse, son una burla.

No hay, pues, acuerdo entre la Biblia y la ciencia, en la grande línea del tiempo.

La dificultad no es insoluble.

En primer lugar, la Iglesia no ha definido que Dios haya hecho el mundo en seis días, de veinticuatro horas: ha dejado, sobre este punto, libre campo á las interpretaciones.

En segundo lugar, los sabios han explicado la materia satisfactoriamente.

San Agustín juzga que no hay más que un tiempo inapreciable é indeterminado en la crea-

ción, y que los seis días designan el conocimiento angélico, correspondiente á las seis partes de la obra de Dios.

Otros creen que el escritor sagrado ha querido designar por los seis días, el orden lógico del plan de Dios, más bien que la sucesión cronológica de las obras realizadas por su omnipotencia.

Pretenden algunos que Moisés abrió el cánón de los libros santos, refiriendo una visión apocalíptica del pasado, como San Juan lo cerró, refiriendo una visión apocalíptica del porvenir.

No falta quien diga, y tal vez con razón, que Moisés ha podido muy bien pasar en silencio la historia de los tiempos paleontológicos y no comenzar su relato, sino en el momento en que la Omnipotencia Divina, renovando la faz de la tierra, informe y desnuda, inauguró lo que hoy se llama era moderna.

Otros, en fin, afirman que aunque la palabra *iom*, en la lengua hebrea, significa días de veinticuatro horas, puede emplearse metafóricamente, para designar un período indeterminado.

Estos períodos, por lo demás, no son una invención moderna.

Bossuet los indicaba en estas notables pala-

bras: "Dios, después de haber hecho el fondo del mundo, ha querido hacer su ornamento con seis diferentes ornamentos, que plugo llamarle seis días."

Otras dificultades pueden presentarse sobre esta materia, pero también pueden resolverse.

No hay una sola, dice el Padre Monsabré, á la que no pueda darse respuesta satisfactoria, ó cuya solución no pueda legítimamente suspenderse, sin ofender á los que estudian el libro de la naturaleza y sin dañar á la autoridad de nuestros libros santos.

No tenemos, concluye el Padre Monsabré, la pretensión de preceder á la ciencia, no es este nuestro papel; pero la aguardamos con pie firme.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

